

do en el que todo se basa en la palabra; por eso los elfos, los personajes de este mundo ficticio que más se asemejan a los antiguos dioses que poblaron el nuestro, adquieren un poder sobre lo real que en otro contexto podríamos calificar de mágico: porque ellos nombraron las cosas por primera vez, en la aurora de los tiempos. Y es precisamente esta consistencia lo que aleja a Tolkien de lo fantástico tradicional —Dunsany, por ejemplo—, y lo hace uno de los precursores de la moderna ciencia-ficción o de una de sus ramas, que es la fantasía heroica.

Lo que aproxima al "Señor de los anillos" a la novela de caballerías es su carácter moral. En "La infancia recuperada", Fernando Savater ha explicado claramente las características fundamentalmente morales de este universo: los malos son malos absolutos, hasta el punto de que incluso su aspecto rezuma maldad y causa repugnancia: negros, contrahechos y repugnantes, viven como sabandijas y sólo comprenden el mal. Los buenos, sin embargo, viven en un mundo de bondad y belleza; belleza a veces melancólica, como la de los elfos que viven el atardecer de su raza, y a veces resplandeciente, como la luz del sol. Son abnegados, valientes, caballerosos, fieles, leales..., para qué seguir. El amor, en las pocas ocasiones en que se produce, se parece más al "amour courtois" de los antiguos trovadores que a la pasión que nosotros conocemos: es platónico, inocente, puro y a veces aun callado, y acaba con el matrimonio o con la muerte de los enamorados. Y la misma trama de la novela —la destrucción en las llamas de un volcán, del anillo de poder que permitiría al Señor Oscuro ganar la guerra de destrucción que ha emprendido contra todos los habitantes de Tierra Media— está tratada como una empresa caballeresca: es un peregrinaje del Hobbit Frodo Baggins, acompañado por su escudero Sam Gamgee y por otros esforzados paladines, miembros de todas las "razas libres" de Tierra Media —elfos, enanos, hombres y hobbits— al centro mismo del horror, llevando sobre sí un objeto del horror mismo, el anillo, que le incita siempre a usar de su poder, haciéndole entrar así en el terreno del Mal Absoluto. Sólo gracias a sus valores se salvará Frodo Baggins, y será su virtud la que le haga llevar a buen fin su empresa.

Como buen escritor de derechas, Tolkien se propuso inventar un mundo; como Borges, como Proust, como Balzac, incapaces todos ellos de soportar el desorden y el caos que vivimos

y del que formamos parte, ha escrito un universo ordenado, donde no hay ni una posibilidad de que las cosas escapen a las rigurosas leyes del orden. Esto hace de "El señor de los anillos", una de las novelas menos fantásticas o menos mágicas que se puedan encontrar. No hay posibilidad de sorpresas con Tolkien, y sus seres no humanos no dejan de ser por ello naturales. Ha creado un mundo "como debe ser". Ha sido, en una palabra —y repito, como Borges o Balzac— un demiurgo razonable. ■ E. HARO IBARS.

Comunistas en la Iglesia

Alfonso Carlos Comín ha escrito recientemente dos libros. Uno que recoge sus confesiones y reflexiones después del Concilio Vaticano II (1), y otro en el que se centra sobre el gran problema de tanta actualidad como es la relación cristianismo-marxismo (2).

El primero tiene el tono íntimo de algo arrancado de sus fibras interiores. En realidad, Comín es siempre un "confesante", alguien que vive tan profundamente su vida que todas sus afirmaciones o negaciones son en el fondo confesiones personales.

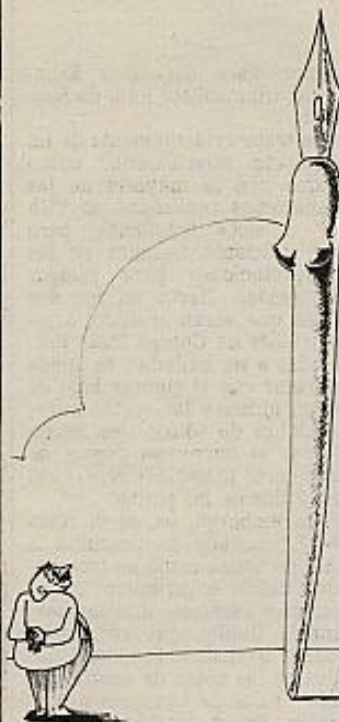
Lo divide en dos partes más extensas: **Cultura desde la fe y Libertad de la palabra en la Iglesia**. Y termina con una tercera parte: **Sobre la militancia de los cristianos en el partido**, que enlaza con su otra publicación antes referida.

Comín supone un fenómeno religioso nuevo en el país. Es un militante cristiano, que con toda su vida es un testimonio ejemplar de su encarnación concreta del Evangelio, y esta encarnación comprometida la lleva al final de su proceso a aceptar unos planteamientos políticos y sociales con la misma convicción que su fe, y como consecuencia no lógica, pero sí vital y personal de ella. Este ejemplo fue el que más espectacularmente rompió el juego de esos estrechos moldes sociales de la Iglesia española que veía —y que ve en gran parte todavía— con recelo el socialismo marxista y, en particular, el comunismo.

Pero ante este sincero y positivo testimonio, no cabe más que una sola pregunta: ¿no debería hacer la Iglesia oficial una revisión de sus recetas morales

(1) A. Comín: *La reconstrucción de la palabra*. Ed. Paulinas. Madrid, 1977.

(2) A. Comín: *Cristianos en el partido, comunistas en la Iglesia*. Ed. Laila. Barcelona, 1977.



RIC RIC

condenatorias de la militancia marxista como si fuera el máximo peligro para la fe, cuando vemos en carne y hueso a cristianos de una pieza —como es el caso Comín— que siguen con el mismo entusiasmo evangélico que antes, y al mismo tiempo adoptan una sincera convicción activa socialista marxista o comunista?

Es Comín un hombre que "cree en Dios", pero en un Dios rehecho día a día para evitar su imagen alienante, producto antropomórfico siempre de los hombres por bien intencionados que éstos sean.

Cree también en la vida perdurable, más que en la sobrevivencia. Sin que podamos hacernos una imagen, ni siquiera una idea medianamente detallada de lo que esto significa en concreto. Su esperanza está enraizada en la Historia, "no se desliga de ella": es una resurrección perpetua.

Y confiesa asimismo que "si Cristo no fuera Dios mi creencia en Dios no podría ser lo que es". No especifica más, y algunos hubiéramos querido una explicitación mayor de un problema tan actual como es el de confesar: "Cristo es Dios". ¿Qué significa esta frase que decimos convencidamente los cristianos? Yo he intentado expresar en mi libro *La revolución de lo religioso*, de esta misma colección —con todo lo que de discutible tiene mi explicación—, el sentido que para mí —como para otros católicos actuales— tiene esta frase central del Credo cristiano. Me hubiera gustado por eso una exposición más

pormenorizada de Comín sobre este punto.

Cree también el autor en "la Iglesia pobre". Lo que proclamó más o menos confusamente el Concilio Vaticano II y que para ser una realidad tangible necesitará hacerse la Iglesia oficial un buen lavado interior y exterior, para llegar así a acercarse a este ideal humilde de una Iglesia que no cree en la riqueza, no sólo bajo el aspecto económico, sino bajo todos los aspectos de los medios humanos. Sus medios deben ser "pobres", y no "ricos". Ese es el escándalo más grave en el que vivimos los católicos que no podemos romper del todo los esquemas alienantes de una Iglesia que queremos, aunque no nos gusta porque en lo que la apreciamos es sólo en su deseo de solidaridad y amor, que es el único lazo vital que une de verdad a sus seguidores, y, en cambio, no la aceptamos en todo lo que va en clara contradicción con estos valores positivos del Evangelio.

Por último, como buen católico consciente de su fe universal, pero personal al mismo tiempo, cree en la primacía de la conciencia. Un tema al que los católicos españoles han sido alérgicos, pero que resulta una enseñanza tradicional en la Iglesia, aunque no haya sido consecuente con ella.

Su segundo libro es un buen resumen en el que justifica la postura de un católico que acepta el marxismo de un modo o de otro, pero al menos en su núcleo político, social y económico fundamental. Libro importante, que debían leer sobre todo nuestros obispos, quienes hablan muchas veces guiados por sus temores inconscientes, engalanándolos de aparentes razones, de juicios de racionalidad en el peor sentido freudiano de la palabra, o sea, usados más como un mecanismo de defensa que como un análisis objetivo e imparcial de la realidad.

El planteamiento de su segunda obra es plenamente comunista; es el de un miembro del PC que quiere tener dentro de él una presencia activa, y a pie de igualdad con otros militantes que son marxistas ateos o agnósticos. Para él, el comunismo no entraña una filosofía radicalmente atea, sino que, como afirmó el nada sospechoso Althusser: "Teóricamente, el marxismo no es un ateísmo". ¿Cuál es entonces su postura de fondo respecto a la religión siguiendo las palabras del mismo Althusser?: "Es una doctrina que, en la medida en que la religión existe como obstáculo, está obligado a luchar contra ella".

Y esta es —bajo el punto de vista del creyente— la postura de Comin. No comparte el planteamiento privatizador de la religión que propugnó Lenin, sino un puesto de primera línea en la lucha social, siempre que con sus hechos demuestre su fuerza transformadora más que con las palabras.

Esos son estos dos libros del militante cristiano y comunista al mismo tiempo —más comunista que marxista, en mi opinión—, Alfonso Carlos Comin, que serán de indudable interés en el repetitivo y vacío panorama editorial religioso español. El primero con su estilo tan atrayente y tan personal, y el segundo como expresión documentada y justificativa de su postura social dentro de la Iglesia católica. ■ E. MIRÉT MAGDALENA.

DISCOS

Descubriendo a Raúl de Souza

Desde hace unos años, las multinacionales discográficas nos están obsequiando con una serie de lanzamientos dentro de un género que podríamos definir como "jazz + rock + funk", extraño híbrido que resulta de amachambar clisés de grupos innovadores, como Weather Report o la Mahavishnu Orchestra, con estructuras rítmicas discotequeras, en el sentido peyorativo de dicho término (ritmos cuadrados, machacantes, sin imaginación, asfixiantes). Compañías como CBS, Arista o Blue Note se han convertido en afamadas productoras de esta papilla, utilizando los indudables talentos de un número relativamente pequeño de músicos de estudio que se agrupan en innumerables permutaciones. Los saxofonistas Michael Brecker y Tom Scott, el guitarrista Steve Kahn, el bajista Will Lee y el batería Steve Gadd son algunos de estos mercenarios cuya simple presencia en los créditos de un disco añade una sombra de sospecha sobre el contenido.

Sin embargo, también en este mercantilizado género puede surgir la sorpresa. Aunque venga de la dudosa mano del teclista George Duke y con el sello de "Especial Discoteca" en la portada, como es el caso del

primer disco llegado a España del trombonista Raúl de Souza (1).

Se trata evidentemente de un producto mistificado, como ocurre con la mayoría de las grabaciones realizadas en USA por músicos brasileños, pero hay suficiente frescura en las interpretaciones para romper los moldes. Hasta en los dos temas que abren el disco, composiciones de George Duke destinadas a ser bailadas, se puede disfrutar con el gomoso bajo de Byron Miller y las cortas intervenciones de Souza, que hacen olvidar el horroroso pegote de unos coros femeninos repitiendo los títulos de los temas.

Sin embargo, es en el resto del LP cuando se descubre a Raúl de Souza como un trombonista cálido e inventivo, cuyos discursos alcanzan una extraordinaria fluidez que recuerdan —como bien dice Freddie Hubbard— solos de trompeta o friscornio. Souza también intenta cantar en inglés la "Canção de nosso amor", pero resulta mucho más elocuente soplando su



Raúl de Souza.

instrumento en sus propias composiciones, donde dialoga sin complejos con solistas como Patrice Rushen, Al McKay o el mismo Freddie Hubbard.

Después de Albert Mangelsdorff y Roswell Rudd, no ha habido grandes sorpresas en el

(1) Raúl de Souza: Sweet Lucy (Capitol 10 C 062-85208, 1977).

campo del trombón jazzístico, por lo que se agradece la ligereza sonora y la pulcritud técnica de Raúl de Souza. Si logra mantener el rumbo en medio del espejismo del "jazz-rock-funky", habrá motivo para regocijarse. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

La Fanega: un primer paso

Primer disco de larga duración (1) de un grupo vallisoletano constituido hace ya algún tiempo, en julio de 1975: La Fanega. Dos años largos, pues, ha necesitado el conjunto para acceder a los estudios de grabación, que posibilitan una mayor audiencia y repercusión de su trabajo, cuando existen tantos y tantos nombres extranjeros sin el más mínimo interés que nos bombardean en todo instante, gracias a la "benéfica" labor de las casas discográficas pertinentes. Pero, en ese período de tiempo, La Fanega ha venido cumpliendo una tarea callada,

LP sobresaliente ni perfecto, pero pedir esto en una "opera prima" sería tanto como exigir la luna, justamente a los que menos medios materiales tienen, precisamente, para conquistarla. Pero sí que se trata de un trabajo digno y revelador de la idiosincrasia e intereses del cuarteto, por lo demás absolutamente reivindicables: dos tipos muy definidos de canción confluyen en sus voces e instrumentos musicales, antiguos o nuevos; dos tipos de labor que no solamente son ajenas, sino que se complementan y forman todo un cuerpo homogéneo y coherente de búsqueda artística. Son esas formas: los temas populares, tradicionales, "folklóricos" o directamente basados en ellos; y aquellos otros correspondientes mejor a una inquietud y una sensibilidad nueva, "urbana", ya que, como el propio conjunto dice, ciudades como Valladolid, León, Burgos o Medina del Campo viven plenamente en una dinámica contemporánea y muy diferente de aquella que recogía los cantos de ciego o los romances de la



La Fanega.

aunque no por ello menos digna de ser resaltada en su eficacia: recitales en uno y otro lugar, especialmente dentro de esta tierra castellana, cuya cultura, personalidad y canción ellos defienden.

No se trata el presente de un

(1) La Fanega: "Y cada paso que demos..." (Gong 17.1209/5).

molinera y el pastor, y sus "conflictivas relaciones sexuales". Y como ambas problemáticas, ambas raíces y ambas sensibilidades les son propias, La Fanega no quiere ni puede prescindir de ellas —ya otros "representantes" de la canción castellana, la de carácter oficialista o la de ambiguos y algo despistados, cuando no oportunistas artistas, así lo hacen—.